

LA CALLENTURA.

(CONTINUACION DE "EL PUÑAL DEL GODO.")

DRAMA FANTASTICO EN UN ACTO.

AL SEÑOR

DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO,

ENCARGADO DE NEGOCIOS POR S. M. C. EN DINAMARCA.

Querido Leopoldo: te dedico esta obrilla, cuyo manuscrito te envío, para que lleves á Dinamarca un recuerdo de nuestra última entrevista. Al hojearle en Copenhague, acuérdate de tu mejor amigo,

José Zorrilla.

MADRID, 3 de Octubre de 1847.

PERSONAS.

FLORINDA.
DON RODRIGO.

THEUDIA.
EL MONJE ROMANO.

Nota.—Los versos que van puestos entre comillas se suprimen en la representacion.

ACTO UNICO.

Cabaña del monge Romano.

ESCENA PRIMERA.

ROMANO SOLO.

Señor, tú que al mas mezquino
Gusano infundes aliento,
Para que pueda contento
Cumplir su vital destino:
Tú, cuyo soplo divino
A cuanto crece y respira
Fé en tu omnipotencia inspira,
No dejes que solo el hombre
Tu poder tenga y tu nombre
Por una inútil mentira.

Fué rey, y se ve sin trono;
Noble, y se ve sin honor;
Soldado, y perdió el valor;
¿Qué le resta en su abandono?
Do quier cree tu eterno encono
Ver; nadie en su mal le abona:
Todo el mundo le abandona;
Vuelve ¡oh Dios! al que olvidado,
Se ve rey, noble y soldado,
Sin valor, honra y corona.
Jesus, hijo de María,
Redentor del universo,
Por el justo y el perverso
Espiraste el mismo dia.
Duélete de su agonía
Por la que en la cruz sufriste,
Y que no imagine el triste
Que si por todos bajaste,
Al desdichado olvidaste

Y al pecador redimiste.
Mas ya es de noche: el nublado
Espesa: brilla la llama
Del relámpago: el mar brama
A lo lejos irritado.
¡Infeliz! él descarriado
Ni aun verá los elementos
Turbarse, y á pasos lentos
Cruzando el monte sin tino,
Le arrastrará el torbellino
De sus tristes pensamientos.
En fin, Dios cuidará de él.
Nada se puede esperar
De tan intenso pesar
Ni de infortunio tan cruel.
Henchido tiene de hiel
Su corazon, y enemigo
Siempre invencible, consigo
Le lleva siempre. (*Escuchando.*) Ya creo
Que sube Pero qué veo!
(*Entra Theudia embozado.*)
¿Quién es?
Theud. (*mostrándose.*) Un antiguo amigo.

ESCENA II.

ROMANO, THEUDIA.

Rom. ¡Theudia!
Theud. Yo soy, buen anciano.
Rom. ¿Qué os vuelvo á ver!
Theud. ¡Ay de mí!
Por imposible lo dí;
Mas Dios me tendió su mano.
Rom. Decís bien, Dios está en todo:
Y pues os trae á mi amparo
Segunda vez, está claro
Que es el mejor acomodo.
Ea, sentaos; tomad
Posesion de mi chozuela;
(*Siéntase Theudia á la lumbre.*)
Calentaos; ¿no os consuela
esa llama?
Theud. Sí en verdad.
Rom. Acercaos mas, así.
¿Traeréis hambre?
Theud. De dos dias.
Rom. Viandas hay, aunque frias.
Theud. Dadme; aun hay calor en mí
Que suplirá al de la lumbre,
Y comer frio no daña
A quien trae de la campaña
La privacion por costumbre.
Rom. Entrad, pues, á ese pastel
Como si fuera á una plaza
Enemiga.
Theud. ¡Buena traza
Tiene!
Rom. Pues firme con él.
Aqui teneis un vasijo
Con vino añejo de Oporto.
Theud. Padre, me dejais absorto
¿Aqui vino?

Rom. Bebed, hijo: (*Theudia come y bebe.*)
Gozad el bien que os da Dios,
Y aprended que en él tan solo
No cabe falta ni dolo;
Y pues os crió, de vos
Cuida su paterna mano;
Porque sin su voluntad
No bulle en la inmensidad
Ni el átomo mas liviano.
Theud. Anciano, teneis razon:
Y nadie en su gran poder
Mayor fé puede tener
Que Theudia en su corazon.
Sí, padre, yo he visto al hombre
En su agonía mil veces,
Y siempre le oí con preces
Invocar su santo nombre.
No hay mercader tan infame
Ni tan blasfemo soldado,
Que por la muerte llamado
A Dios muriendo no llame.
Y tal vez al pensamiento
Que puse una noche en Dios,
Debo el hallarme con vos
Aqui y en este momento.
Rom. Os creo, Theudia: sin duda
Os creo; porque los males
Son recuerdos celestiales
Con que nuestra fé se ayuda.
¿No mas? (*Theudia aparta la vianda.*)
Theud. Soy sóbrio, aunque godo:
Mas el hambre y el cansancio,
Por la pasta y por el rancio
Me han hecho olvidar de todo.
Dios me perdone. Ahora, hermano,
Decidme.
Rom. No os fatigueis
En preguntas.
Theud. ¡Oh! ¿sabeis
De él?
Rom. Sí sé.
Theud. ¿Dios soberano,
Gracias! Ya desconfiaba
De volverle en vida hallar.
¿Qué es de él? ¿qué hace?
Rom. Vejetar
Como una planta que trava
Raices en un peñon
Por un turbion producida,
Y espera al peñasco asida
Que la arranque otro turbion.
Theud. ¡Infeliz! ¿cuánto ha que vino?
Rom. Tres meses ya. Todavía
Era de noche, y dormia
Yo aún, cuando un repentino
Golpe en la puerta asentado
Estremeció la cabaña.
Tal visita era harto estraña,
Y acudí sobresaltado.
Abrí; entró: sombrío, mudo
Avanzó con lento paso,
Celgó, sin hacerme caso,
Espada, casco y escudo

En el pilar: se metió
En la pieza que ocupaba
La otra vez, y como estaba,
Sobre una piel se tendió.
Durmiose al punto. ¡Ay de mí!
¿Cómo venia el cuitado!
Herido, roto, embarrado. . . .
Lloré cuando tal le ví.
Llaméle, mas no dormia.
Fuerza febril le sostuvo
Hasta llegar, mas cuando hubo
El fin que se proponia
Tocado, le abandonó
Su vigor calenturiento,
Y en un aletargamiento
Anonadado cayó.
La hambre, el pesar, la fatiga,
Que al par en él presa hicieron,
Ví que á le par le rindieron.
Con solicitud amiga
Desnudéle y le abrigué
De unas pieles al calor:
Espirituoso licor
Vertí en su boca, y dejé
Que con el sueño cobrara
Las fuerzas que abandonado
Le habian; me eché á su lado,
Y esperé á que despertara.
Theud. ¡Oh buen amigo, dejad
Que os bese la noble mano!
Rom. El infeliz, yo cristiano,
Cumplí con la caridad.
Theud. ¡Bendigaos Dios! . . . mas seguid,
Seguid.
Rom. El sol se ocultaba
Ya, cuando él se despertaba
Poco á poco.
Theud. ¿Y qué hizo?
Rom. Oid.
Tendió una vaga mirada
En torno de sí, me vió,
Y el infeliz sonrió
Sin poder decirme nada:
Porque al hallar un amigo
Que lloraba junto á él,
Su suerte vió menos cruel,
Y echóse á llorar conmigo.
Theud. ¡Oh, se comprende muy bien!
Rom. Vistióse, tomó alimento,
Y oramos por un momento.
Hízolo él como quien
Pone en Dios una fé santa,
Y en alas de su oracion
Entero su corazon
Al trono de Dios levanta.
Tranquilo despues le ví,
Y tendiéndome la mano
Dijo: ya lo veis, hermano,
Vuelvo á vos, mirad por mí.
De entonces acá ni aun tiene
Voluntad: orad, le digo,
Y se arrodilla conmigo;
Id ó venid, y va ó viene.

Theud. ¿Y nunca os dijo?
Rom. Jamas;
Como en el tiempo pasado,
En silencio se ha encerrado,
Y yo nunca quise atras
La vista hacerle volver,
Por no renovar la herida
Que el recuerdo de su vida
Le debió en el alma hacer.
Mudo así, pero tranquilo
Vive, y tengo á buen consejo
Dejarle, como le dejo,
Con gratitud; no desdeña
Vivir quieto en este asilo.
Mi hospitalidad recibe
Bajar al monte por leña,
Sacar agua del algibe,
Encender fuego, arreglar
Los trastos de la cabaña:
Nada le ofende ni estraña,
Conmigo vive á la par,
Y todo á ambos es comun.
Para él pedí á mi convento
Mas nutritivo alimento;
Se lo sirvo; pero aun
No ha dado señal ninguna
De ver si hay mas que agua y pan:
Come de lo que le dan
Sin notar mudanza alguna.
Mas á veces, como á impulso
De algun vértigo arrastrado
Se sale desatentado
De la cabaña y le llamo
En vano: de risco en risco
Huye montaraz, arisco,
Como un acosado gamo
Que huyendo va del ojeo,
Y metido en la espesura
Se está, hasta que cierra oscura
La noche. ¡Ay! entonces veo
En su cara macilenta
Y el cansancio que le abate,
Las huellas de la tormenta
Interior que le combate.
Le hago orar y se consuela:
Mas bajo el sayo eremita
La sangre real se le irrita,
Y el corazon se rebela.
Hoy tarda ya. El desdichado,
Hoy como nunca sombrío
Me dijo: orad, padre mio,
Por este desventurado.
Orad, mas que ningun dia
Hoy, porque yo os aseguro
Que es el dia mas oscuro
Que hay en la existencia mia.
Theud. ¿Hoy? ¿quién sabe el dia fijo
A su recuerdo mas cruel?
¿Son tantos! Padre, por él
Oremos.
Rom. Oremos, hijo.
[*Al irse á arrodillar ambos, Theudia, que escucha,
detiene al ermitaño.*]

Theud. Mas aguardad un momento,
Pues ó me engañó el oído,
O á lo lejos he creído
Oír un grito.

Rom. Fué el viento
De la tempestad acaso.
[*Abre la puerta del fondo: se ve relampaguear.*]
Ved cómo el nublado avanza.

Theud. Mi oído es fino, y alcanza
De alguno que sube el paso.

Rom. Teneis razon, es su huella,
La reconozco.

[*Oyese muy á lo lejos un grito lúgubre.*]
Theud. ¡Dios santo!

¿Qué grito es ese?
Rom. Es de espanto,
De agonía.

Theud. ¡Ah si se estrella
Algun barco!

Rom. Vamos, pues,
Al mar; tal vez tiempo haya
De atraer hácia la playa
Al náufrago, si lo es.

[*Romano y Theudia van á entrar, Romano delante.—Don Rodrigo sale al mismo tiempo, y encarándose solo con Romano, sin reparar en Theudia, le dirige la palabra.—Theudia permanece en el fondo.*]

ESCENA III.

Dichos, D. RODRIGO.

Rod. Padre, no os movais de aquí:
No, no es náufrago el que grita.

Rom. ¿Quién es?

Rod. La sombra maldita
Que viene detras de mí.
Cerrad, cerrad.

Rom. Son antojos
Que os forja algun desvarío.

Rod. No; oí su voz, padre mio,
Y la he visto por mis ojos.
Como un pájaro marino,
Como un vapor avanzaba
Por sobre el mar, que la daba
Sobre sus ondas camino.
A la torva claridad
De un relámpago la ví,
¡Maldita sombra! ¡Ay de mí!
Me la trae la tempestad.

[*D. Rodrigo se sienta junto á la lumbre, tapándose se la cara con las manos.*]

Rom. (*A Theud.*) Aun no ha reparado en vos:
No os movais de ahí. (*A Rodrigo.*)

Hijo mio,
Con ese vértigo impío
Luchad: acudid á Dios.

Rod. ¡Ay padre! Dios no me escucha,
Y á Satanás á la tierra
Ha enviado á moverme guerra,
Y es desigual esta lucha.
Yo á todo mi ánimo apelo,

Pero por grande que sea,
¿Quién, quién á un tiempo pelea
Contra si mismo y el cielo?
Ya os he dicho esta mañana
Que hoy era mi día aciago,
Y témome algun estrago
Contra el que mi fuerza es vana.

Rom. Indigna supersticion,
Hija de la fantasía.

Rod. Del acbar que se cria
En mi triste corazon.
Hija de la sangre amarga
Que por celestial sentencia
Envenena mi existencia,
Cuanto mas triste mas larga.
¿Qué me resta ya que hacer?
Llamé al cielo y no me oyó,
Me mostré á la tierra, y no
Me quiso reconocer.

¡Sí, sí: esta es la misma hora
Del crimen: este el fatal
Día de tan criminal
Aniversario; y ahora
La sombra debe venir
A mis puertas á llamar,
Sin que la pueda ahuyentar
Dejadme, pues, sucumbir.
Del Africa viene, sí;
Yo la he visto balancearse
Sobre el agua, y acercarse
A la playa contra mí.
¿No habeis oido en la calma
Nocturna un horrendo grito?
Fué el espíritu maldito
Que viene á pedir mi alma.

Rom. Serenaos, Don Rodrigo.
Rod. Jamas me llameis así;

Bajo ese nombre perdí
Todo cuanto tuve amigo.
Solo en la tierra me hallo:
Pereció cuanto leal
Era á ese nombre fatal,
¡Hasta el último caballo!

[*D. Rodrigo se levanta, transportado por los recuerdos á los tiempos pasados. Varia de carácter hasta volver á caer en su desvarío al fin de esta escena.—Depende del actor.*]

Un generoso corcel
Con paramentos de malla,
Todo un corcel de batalla;
¿Qué bizarro iba yo en él!
Sobre él, de venganza rayo,
Encerrado en mi armadura,
Llegué en una noche oscura
Al campo de Don Pelayo.
Con él al pié de una encina
Pasé aquella noche horrenda,
Y abrigo, falto de tienda,
Le dí con mi capellina.
Apenas el alba nueva
Por el Oriente asomaba,
Ya sobre él caracoleaba
Por las márgenes del Deva:

Y al escuchar los clarines
Del feroz morisco bando,
Su noble raza mostrando
Bufó y erizó las crines.
Al combate me lancé
Sobre él; con él me metí
Entre los moros, y á mi
Sabor los alanceé.
Tras de su tropel impío
Cuando ya huían deshechos,
Tenaz se arrojó de pechos
Conmigo en mitad del rio.
La corriente nos llevó:
Llegué yo hiriendo y matando
Hasta Causegadia, cuando
El monte se desplomó.
Cuantos árabes delante
Llevaba, huyendo de mí,
Se sepultaron allí
Bajo el peñasco gigante.
Mas entre el golfo de espuma
Que alzó el peñon desplomado,
Sacóme á la orilla á nado
Flotando como una pluma.
Allí di en tierra con él,
Rendidos al fin los dos:
Yo tendí la diestra á Dios,
Y la siniestra al corcel.
Leal junto á mí yacía,
Y al ir perdiendo el sentido,
Me apercibí conmovido
Que la mano me lamia.
Era el amigo postrero
Que tenia, y yo pensaba
Que á par de él aun espiraba,
Si no rey, buen caballero.
¡Mas Dios no lo quiso así!
Al volver de mi desmayo,
De las gentes de Pelayo
Cercado en torno me ví.
Halláronme al explorar
El campo al siguiente día.
¡Mas hiel allí todavía
Restábame que apurar!
Pelayo me dijo: "Amigo,
¿Quién eres? Por tí vení."
Yo ufano ¡necio de mí!
Contesté: soy Don Rodrigo.
Todo el mundo se echó atras
Con horror: y replicó
Don Pelayo: "Ya se hundió
Para no alzarse jamas
Don Rodrigo: y de su nombre
No habrá ya rey en España;
Mas tú has hecho en la campaña
Cuanto puede hacer un hombre,
Y en premio de tu valor,
A faz del pueblo te abono
Yo; libre eres, te perdono
Por lo bravo lo impostor."
De sangre con una venda
Cegó mis ojos la ira,
Al oír que de mentira

Era mi palabra prenda.
Quedé inmóvil de coraje
Y teniéndome por loco,
Dejáronme poco á poco
A solas con tal ultraje.
¡Solo aquella vil canalla
Por quien lidié me dejó!
Mas no estaba solo, no,
Mi fiel corcel de batalla
Pacia en una ladera:
Sobre la silla me eché,
El acicate le hiqué,
Y se lanzó á la carrera.
Pensé en vos y en Lusitania,
Y hácia vos me dirigí:
Mas era sino ¡ay de mí!
Perder en mi ciega insánia
Todo cuanto me era fiel!
En mi vértigo infernal
Me olvidé que era mortal
Mi desdichado corcel!
Desbocado le traía
Día y noche sin cesar.
¡A mí la hiel del pesar
De alimento me servía,
Del universo enemigo
Para huir: mas á él que no,
¡Noble animal! espiró
Y con él mi último amigo.

[*Don Rodrigo al volverse da con Theudia, que se ha puesto de rodillas á su lado á sus últimas palabras, y que le dice.*]

Theud. Señor, aun os quedo yo.

Rod. ¡Theudia!

Theud. No echeis un caballo
De menos: mientras yo viva
Aun la fortuna no os priva
De un amigo y de un vasallo.

Rod. Alza, y que yo te reciba
En mis brazos. ¡Ay! creí
Que tú tambien como todos
Ingrato, harías allí
Causa comun con los godos
Volviéndote contra mí.

Theud. ¡Yo contra vos hacer bando!
No; si ante vos estallando
La tierra se nos derrumba,
Para entonces yo os demando
La mitad de vuestra tumba.

Rod. Sí, te reconozco bien:
Tú solo fueras capaz
De mirarme sin desden.

Theud. Y de vengaros tambien
Del mundo entero á la faz.

Rod. Mas ¿cómo hiciste jornada
hácia aquí?

Theud. Allá en Covadonga,
Viendo que era hombre de espada,
Me pusieron de avanzada
Por la noche. Que me esponga
Yo mas que estos justo es,
Me dije: soy un soldado,
Y no hay completo un arnés

En campo tan mal armado:
De facción quedéme pues.
Creí juntarme con vos
A la aurora: mas la lucha
Se trabó antes: yo os fuí en pos.
Pero la gente era mucha,
Y quiso apartarnos Dios.
Caí herido: de un paisano
Lleváronme á la cabaña,
Y cuando ya me ví sano,
Volviendo al campo de España
Nuevas de vos pedí en vano.
Mas comprendí que vivíais
Por un soldado que habló
De uno que por rey se dió:
Y juzgando que os vendríais
Aquí, tras vos vine yo.
Orillas del Duero dí
Con los huesos de un corcel:
Cerca los pedazos ví
De un arnés: fijéme en él,
Y el vuestro reconocí.

Rod. ¿No viniste, pues, por mar?
Theud. No: y que lo penseis me asombra.
Rod. ¿Conque al llegar yo?...
Theud. De entrar
Acababa.

Rod. ¡Horrendo azar!
Theud. ¿Qué hay?
Rod. ¡No eras tú aquella sombra!
Rom. Señor....
Rod. Dejados, anciano,
A solas por un momento.
Rom. (á Theud.) Idle, por Dios, á la mano.
Theud. (á Rom.) Yo procuraré con tiento
Calmar su espíritu insano.

ESCENA IV.

DON RODRIGO, THEUDIA.

Rod. ¡Theudia!
Theud. Señor.
Rod. Escúchame. Tenía
Sed de volverte á ver, de hablar contigo,
Porque tú ves la desventura mia
Tan inmensa cual es, porque testigo
De mi poder y de mi gloria un día,
Tú solo puedes consolarme, amigo:
"Porque rey necesito un caballero,
"No un monje en mi pesar por compañero.
Theud. "Es un siervo de Dios.
Rod. "Mas nunca ha sido
"Ni soldado ni rey; ni nació godo;
"Ni vió jamas su nombre escarnecido
"Y su honor arrastrado por el lodo;
"Ni se vió de su pueblo maldecido,
"Y rechazado, en fin, del mundo todo.
"¿Qué decir puede semejante amigo
"Al inmenso dolor de Don Rodrigo?
"Nada.—Siento escaltarse mi cabeza
"En esta soledad, y se enloquece
"Débil ya mi razon. Sí, la pereza

"De esta vida inactiva me enflaquece."
Theudia, bullir en mi cerebro siento
Mil siniestras imágenes, que aumenta
Como una inundación cada momento.
Theud. Quimeras son con que Satan os tienta.
Rod. ¡Pero odiosas, proféticas acaso!
"Tentaciones horribles que no puedo
Vencer!—¡Qué vida tan horrenda paso,
Theudia!—¡Ah! no me abandones! tengo
miedo.

Theud. ¡Miedo, señor! ¿De qué?
Rod. Theudia, de todo:
De todo cuanto siento y cuanto miro,
De todo cuanto lleva un nombre godo,
De Dios, de mí, del aire que respiro.
Theud. ¿De Dios? ¿No es infinita su clemencia?
Rod. Y también su justicia. "¿Crees que alcanza
"Un día de forzada penitencia
"El rayo á detener de su venganza?
"No, un reino entero pereció á mis manos
"Por mi crimen fatal, y un pueblo entero
"Esclavo de los fieros africanos
"Venganza pide contra mí... y yo infiero
"Que Dios se la ha de dar.—La tierra hispana
"Tinta en la sangre de mi pueblo humea,
"Sangre do quiera que la huella mana;
"¡Sangre por mí vertida!"—Hay una idea
Arraigada en mi mente, una profunda
Convicción en mi seno guarecida,
En que mi sino proverbial se funda,
Y que es, Theudia, el tormento de mi vida.

Theud. "¿Superstición!
Rod. "Tal vez, pero se aferra
"Mas cada día al corazón; se estiende
"Mas cada día por mi mente, y cierra
"Mas mi horizonte á cada punto; atiende:
"Es la ley celestial: sobre la tierra
"Abre Dios un infierno al rey que vende
"Cual yo á sus pueblos: á este rey malvado
"Le señala un espíritu, que impío
"Le acusa, al pueblo hasta dejar vengado:
"Y yo siento ese espíritu á mi lado,
"Que venga de su rey al reino mio."

Theud. ¡Superstición!
Rod. No, no: yo sé, yo creo
Que, de Dios mensajero, tras mí vaga
Místico ser que por do quier me amaga,
Y por do quiera junto á mí le veo.

Theud. ¿Mas quién es ese ser?
Rod. No sé: un fantasma
Que marcha tras de mí cuando camino:
Su huella siento y de terror me pasma:
Va á mi lado, es mi sombra, mi destino
Escucha. A veces, á la luz postrera
Del día, bajo hácia la mar: me place
Verla estrellarse humilde en la ribera
Al triste son que con sus hondas hace.
¿Qué buseo allí? No sé. Voy arrastrado
Allí por un instinto poderoso
A esperar al fantasma amedrentado;
Porque le temo aunque le buseo ansioso:
Y no en vano. Del Africa viniendo,
Acercarse le veo de ola en ola,

Su caprichosa oscilación siguiendo
La playa hasta tocar callada y sola.
Huyo al verle llegar, y me parece
(Yo no sé si es el viento que murmura),
Mas creo que se rie y me escarnece,
Y en lengua que no sé, volver me jura.
Theud. ¡Miseró!
Rod. Hoy le esperé: del horizonte
Destacarse le ví, crecer, llegarse
Mas que nunca visible: huí hácia el monte,
Mas mi sangre sentí paralizarse
Cuando le oí lanzar hondo lamento,
Que estuvo en tierra para dar conmigo.
Y gritarme le oí: "¡vuelve, Rodrigo!"
Y esta vez fué su voz, no la del viento.
Theud. Fué, señor, vuestra loca fantasía;
Fué que la soledad y la abstinencia
Escaltan vuestra mente cada día
Mas, y os minan la frágil existencia.
Rod. "Theudia, ya te lo he dicho: esta es la hora
"Del crimen; es el de hoy el mismo día
"Del año, y esa sombra vengadora
"Sale hoy á reclamarme del abismo."
El eco de su voz en mi memoria
Toda entera evocó la edad pasada,
Sí, todo cuanto fué, toda mi historia:
Theud. Fué voz por vuestro espíritu forjada.
Rod. ¡Ah! lo ignoras tal vez. Hoy ha diez años
Que á Florida ultrajé.
[Theudia va á hablar: don Rodrigo le pone la
mano en la boca.] No lo repitas.
Hay en la soledad ecos extraños
Que te devolverían mis malditas
Palabras... pero sábelo: á esta hora...
En mi palacio de Toledo... aun veo
Aquella escena amante, abrasadora,
Veo aún su rostro virginal que llora
Y aun ¡sacrilego amor! que la amo creo.
Theud. "¡Señor!
Rod. "¿Tú alguna vez en el seguro
"Recinto de palacio no la viste?
Theud. "Jamás la conocí; ¡mas la maldigo!
Rod. "¿Theudia!—Inocente fué; yo te lo juro.
Theud. "Pero os perdió su amor.
Rod. "¿Quién le resiste
"Cuando Dios nos le da para castigo?"
Theud. ¡Infeliz!
Rod. ¡Lloras, Theudia! te comprendo;
Te inspiro compasión.
Theud. "Señor, si lloro
"Es porque vos no veis, y yo estoy viendo
"Que Dios, que de piedad es un tesoro,
"A vos me guía por su propia mano,
"Porque guíe desde hoy vuestro destino,
"Porque os recuerde yo que el ser humano
"Tiene su origen en el ser divino.
"Averguéncelos, pues, vuestra locura;
"Los ojos levantad al Dios que dijo:
"Venid á mí en las horas de amargura;
"Padre, os perdono en nombre de mi hijo."
Necesitais trabajo y ejercicio:
Las fieras de la selva nos convidan
A sacudir de la pereza el vicio,

Y así echareis las sombras que se anidan
De la inercia á favor, en vuestro juicio.
¿Recordais que sois rey? he aquí un vasallo.
¿Que sois hartos infelices? he aquí un amigo.
¿Cenobita os haceis? como batallo
Rezo: mandad, orad, llorad conmigo:
Pronto á partir con vos la vida me hallo;
Tendréis en mí un esclavo, don Rodrigo;
De cuanto vuestro fué, yo solo os quedo;
Mas aun sois para mí rey de Toledo.
Mientras que viva yo, vuestra ventura
Seguiré, atado siempre á vuestra huella:
Si os condena la suerte á vida oscura,
No ha de faltáros, pese á vuestra estrella,
Ni un vasallo que os cave sepultura,
Ni un amigo leal que os lllore en ella:
Y siempre queda mundo, Don Rodrigo,
Al que le queda Dios y un buen amigo.
Rod. Theudia, tienes razon: Dios te me envía
Cual aura de consuelo y de bonanza
En la borrasca de la angustia mia,
Cual iris mensajero de esperanza:
Tienes razon: tú irás siempre conmigo.
Theud. Siempre.
Rod. Y emprenderémos otra vida
Mejor para mi espíritu.
Theud. Y os digo
Que cobraremos vuestra quietud perdida.
Rod. Batirémos el monte.
Theud. Y volverémos
Con hambre á la cabaña.
Rod. Y de la lumbre
Al amor, de otros tiempos hablarémos.
Theud. Y orarémos tambien.
Rod. Tengo costumbre
De orar al acostarme.
Theud. Pues lo harémos
Juntos todas las noches.
Rod. Me temia,
Theudia, que el campamento...
Theud. ¿Lo cristiano
En mí amenguara? ¡Oh no! con alegría
Sufro, y tengo fé en Dios.
Rod. (con amargura.) ¿La corte mia
Frecuentaste?
Theud. Jamas; noble ha nacido;
Mas vivir en la corte no he querido
Nunca.
Rod. Por eso crees, y el alma pura
Conservas y leal.
Theud. Es lo que ahora
Necesita, señor, vuestra amargura;
Fé cierta, y lealtad consoladora.
Mas se hace tarde: reposad tranquilo
Esta noche, señor, y nuestra nueva
Vida mañana empezará. Este asilo
Es seguro, y no hay nadie que se atreva
A penetrar en esta selva.
Rod. Pero
Si esta noche...
Theud. El pavor echad del alma;
Yo estoy con vos, y yo soy un guerrero.
Rod. ¿Mas ya no te me irás?